ANTOLOGIA DE POESIA PARAGUAYA

(RECUENTO DE UNA LIRICA IGNORADA)

POR

JOSEFINA PLA

Cuando don Pedro de Mendoza embarcaba para su expedición al Plata, en la cual le acompañaban muchos de tan diversa ventura como Irala y Osorio, Ayolas y Salazar, con él venía también un clérigo, Luis de Miranda y Villafaña, que, actor en el drama de la primera Buenos Aires, sobrevivió y pudo cantar sus peripecias. El *Romance indiano,* de Luis de Miranda y Villafaña, escrito probablemente hacia 1942, es el primer vagido de la lírica en ámbito platense. Palpita en sus coplas de pie quebrado, más elegíacas que épicas, la íntima desazón y tristeza del recuerdo del que vio reducidos a dimensión de hambre, desnudez y muerte desesperada sus sueños de aventura en tierras que prometían el paraíso:

Por los malos tratamientos
muchos buenos acabaron,
y otros los indios mataron
en un punto.
Lo que más aquesto junto
nos causó ruina tamaña
fue la hambre más extraña
que se vio...
... ...
Allegó la cosa a tanto,
que, como en Jerusalén,
la carne de hombre también
la comieron.
Las cosas que allí se vieron
no se han visto en escritura:
comer la propia asadura
de su hermano...

Desde Miranda y Villafaña a los ardíos ensayos prerrománticos de Natalicio Talavera (1839-1867) transcurren tres siglos bien cumplidos, totalmente yermos para esta poesía, a no ser que contemos por un lado el inmasticable poema épico «La Argentina», del arcediano Martín Barco de Centenera, y por otro un soneto escrito con mano sentenciada sobre un muro de cárcel en Lima. El hecho de que su autor,

el peruano José de Antequera y Castro, haya unido su nombre a la pasión comunera en tierra paraguaya, ha vinculado también a esta poesía dicho soneto, de amargo acento quevediano:

El tiempo está vengando, oh suerte mía,
el tiempo que en el tiempo no he mirado.
Yo me vide en un tiempo en tal estado,
que al tiempo en ningún tiempo le temía...
... ...
Mas pues del tiempo quise confiarme,
teniendo el tiempo tantos movimientos,
de mí, que no del tiempo, es bien quejarme...

La guerra de 1865-70 interrumpió el movimiento romántico iniciado por Talavera. El resurgió, sin embargo, en la postguerra, volcado reiterativamente al motivo patriótico, al nivel de la melancolía, el desánimo, la nostalgia ante la inmerecida tragedia nacional. La poesía de esos treinta años es una continuada lamentación, o, para usar el término de Guido Spano, una «nenia», inacabable.

La generación llamada del 900 inició la reacción contra esta actitud colectiva; dentro de esa generación, Juan E. O'Leary (1879) fue el precursor de una poesía nacionalista y reivindicatoria por un lado, del motivo indigenista por otro. Al propio tiempo, algún poeta paraguayo planteaba abiertamente el modernismo (Francisco Luis Bareiro, que en su adolescencia asistió a la aparición de *Prosas profanas,* en Buenos Aires; sus primeros versos, de contenido realmente precursor, se publicaron en 1897). Pero esos intentos no prosperan de momento. Unos lustros más tarde, sin embargo, se manifestarán, esta vez ampliamente, aunque sin configurar aún la necesaria cohesión, en el grupo llamado de Crónica (1913-15), con Pablo Max Insfrán (1894) y Guillermo Molinas Rolón (1889-1946), poeta de verbo altisonante:

Desde entonces, por sobre las oscuras inquinas
hasta el túrbido fondo de la masa dormida
flamearon tus versos como tea encendida
y al Derecho humillado tras tu paso amotinas...

(Soneto a Manuel Ugarte)

Pero ninguno de esos poetas, o los que surgieron inmediatamente después, perseveró, con excepción de Manuel Ortiz Guerrero (1897-1933), poeta de martirizada vida, cuyo nombre ha quedado en el pueblo, para quien su drama personal dignamente soportado (fue leproso) se identificó con su poesía, creándole un prestigio más emotivo que crítico.

Al margen de este grupo, al cual cronológicamente pertenecía, escribió, en el exterior, Eloy Fariña Núñez (1885-1929). Fariña es autor de *Canto secular* (1911) de fervoroso arraigo en el espíritu nacional:

... Paraguay, Asunción!, murmura el labio,
y la visión del paraíso bíblico
hace entornar los párpados y puebla
la retina de pompas tropicales.
Una tierra de sol y de silencio,
de plátanos, naranjos y perfumes,
desde el invierno es primavera riente,
y sin cesar actúan las potencias
húmedas y vitales de Demeter...

También aislado, aunque no salió del país, trabajó Alejandro Guanes (1872-1924), que dio cierta categoría preocupada a esta poesía, hasta entonces ceñida con exceso a la incitación sentimental, en tanto que algunos de sus poemas diseñan continuidad a la aún tenue corriente del nacionalismo literario. Esta corriente cobra ya perfil y caudal sistemático en la obra de Natalicio González (1895):

... Pálido Cristo, yo no soy tu hermano.
El gran Tupá *en nuestros cielos mora.*
Le pusieron tu nombre, pero en vano,
pues mi raza tu triste culto ignora.
Creo en Tupá, *mi fuerte Dios nativo,*
con su poder para abatir al malo,
y en Curupí, *ser rústico y lascivo*
que arrastra cínico su enorme falo...

Tampoco dejó, salvo una excepción, obra édita el numeroso grupo de Juventud (1923-26), algunos de cuyos componentes cultivaron un rubendarismo ya agotado donde quiera, mientras otros, luego de tímidos atisbos renovadores, diseñaban un postmodernismo que prolongarán hasta hoy, perseverantes o impermeables a la renovación, por el cauce de un localismo sentimental o eglógico, desconectado de toda problemática vital. Los movimientos vanguardistas que, desde tiempo antes, sacudieron la lírica mundial; las corrientes renovadoras que por esos años agitaron los ambientes vecinos del Plata y el Brasil, no alcanzaron a estos escritores, o encontraron en ellos tácita y unánime resistencia. Una excepción es Natalicio González, ya nombrado, que halló en los manifiestos del modernismo brasileño sustancia para reforzar su nacionalismo literario. (Esta tendencia va ganando luego posiciones al amparo de la circunstancia histórica, aunque sus productos se mantienen siempre a modesto nivel.)

Otra excepción es Heriberto Fernández, que se traslada a París en 1924, donde quizá tuvo ocasión de conocer a César Vallejo, y donde fallece en 1927. Allí también publica dos libros y deja inédito *Los sonetos a la hermana,* en los cuales es posible percibir los voluntariosos gérmenes de una renovación de contenido y recursos poéticos; aparte que no tuvo oportunidad de madurar y menos de gravitar localmente, ya que esos poemas no aparecieron en cuerpo édito hasta 1957:

No le abras la puerta, que vendrá a buscarme.
Bajo el cielo negro mojado de lluvia
llamará a las puertas su seca figura...

Afuera en la noche roncas tempestades
distribuyen fuego y agua en la llanura.
No hace un mes aún que íbamos por la selva oscura.
Vana es la plegaria. Molinos lo sabe.

... ...
No le abras la puerta, que vendrá a buscarme.

Hacia el comienzo de la guerra del Chaco (1932), el grupo de Juventud se hallaba ya disperso, exhausto al parecer el potencial intrínseco, aunque algunos de sus componentes, ausentes del país, retornarán más tarde para asumir la responsabilidad de una nueva etapa actualizadora. Pero entretanto, esta poesía, en conjunto, había demostrado su insuficiencia vital; su acción había sido puramente epidérmica. Años después, en el ambiente creado por la guerra, aparece Julio Correa (1890-1953) con una poesía de expresión directa, casi panfletaria; poesía que expresaba la protesta y rebeldía de un pueblo amaneciendo a conciencia histórica, que pedía cuentas de su sacrificio. Esta poesía, como un ventarrón inesperado, barrió retórica y sentimentalina, convencionalismos y tópicos patrioteros, despejando la expresión y densificando el contenido.

Sangre, más sangre, más sangre,
lágrimas, lágrimas, lágrimas.
Por ríos de lágrimas y sangre
vino la barca esperada
con su excelso capitán
a libertar a la patria.
Cayó muerto el capitán
y sigue la patria esclava.
Sangre, más grande, más sangre,
lágrimas, lágrimas, lágrimas!

Al propio tiempo, algunos otros poetas pertenecientes al deshecho grupo de Juventud, o aparecidos poco después, emprenden esa misma clarificación al nivel de la poesía confidencial.

A los factores internos de exacerbación social y política que urgieron la poesía de Correa conectándola con el instante colectivo, dándole alcance y difusión popular, se unían ahora, a favor del intercambio que surgía al amparo de la situación internacional, otros de universal envergadura; los puestos en marcha por la segunda conflagración mundial y cifradas en los viejos y siempre nuevos ideales humanos de libertad, solidaridad, responsabilidad. Esta situación tomó cuerpo en el grupo llamado de 1940. Formaron en ese grupo, además de los autores del «despejamiento» —Julio Correa, Herib Campos Cervera (1908-1953), Josefina Pla (1909), otros más jóvenes: Augusto Roa Bastos (1917), Hugo Rodríguez Alcalá (1917), Ezequiel González Alsina (1918), Oscar Ferreiro (1922), Elvio Romero (1926), a los que siguieron de lejos otros, como José Antonio Bilbao (1919) o Manuel Verón de Astrada (1903). Como se ve, coincidieron en este grupo varias promociones, unificadas en el convencimiento de la necesidad de una renovación radical en la visión poética, a la vez que la dignidad de la poesía como espiritual quehacer. No publicaron manifiesto alguno; no adoptaron posiciones teóricas; pero los aglutinó eficazmente ese anhelo de actualización, y la convicción de que ésta sólo podía ser el resultado de una ascética búsqueda de la autenticidad profunda. La concurrencia de promociones distintas revela, a la vez que lo perentorio de esa ansiedad renovadora, la paralela necesidad de quemar etapas en pos de una contemporaneidad. Por otro lado, al no pasar esta poesía, en su transfiguración, por la experiencia penitencial de los *ismos*, la abreviación de estas jornadas no dejó de hacerse sentir críticamente en el proceso de adaptación de módulos expresivos a la nueva dimensión humana.

La acción del grupo se tradujo en un rápido cambio de la faz de la poesía paraguaya, aunque al flanco de la nueva lírica y paralelos a ella siguieron fluyendo, obstinadas y reiterativas, las corrientes postmodernistas, e inclusive románticas, hasta hoy.

Dentro del grupo se diseñaron, desde el comienzo casi, dos vertientes. La una buscó el contacto con los temas universales, encarándolos a nivel polémico; vendría a ser una derivación de la poesía de combate de Julio Correa, aunque formalmente ese origen resultaría irreconocible. Es la poesía de compromiso, cuyas primeras manifestaciones tuvieron como trasfondo al Neruda del *Canto a Stalingrado*. La otra persigue la dimensión secreta del hombre, en la línea de los grandes agonistas líricos; Rilke principalmente. El grupo, sin embargo, no

tuvo tiempo de sedimentar como tal sus experiencias ni darles forma édita. La guerra civil de 1947 lo dispersó y obligó a muchos de estos poetas a trasponer la frontera.

Esta guerra civil, con sus duras y radicales experiencias vividas por primera vez personalmente por los poetas, ahondó la escisión ya al principio delineada al nivel de las incitaciones y que dio origen a la formación de las dos vertientes mencionadas. La que siguiendo a Herib Campos Cervera preconizó «que toda poesía debe servir» (asignando a la palabra *servicio* su más taxativa acepción dialéctica) y la que reconoce esa poesía de servicio como una vertiente, legítima sin duda, pero no única, de la total poesía.

Elvio Romero es el representante más brillante de la poesía de servicio, y el poeta paraguayo actualmente más conocido en el exterior. Desde 1949 ha publicado diez títulos, siete de ellos en la línea que el propio poeta sintetiza en su verso: «escribir para los de abajo». En esta línea lo siguió por un tiempo Augusto Roa Bastos, autor luego de algunos poemas considerados como «de lo más hermético producido por esta poesía». Roa Bastos, sin embargo, abandonó la lírica muy pronto para dedicarse a la narrativa, en la cual se ha destacado con relieve continental. Julio Correa recogió sus poemas en un volumen, *Cuerpo y alma,* en 1945; luego, se llamó a silencio.

Campos Cervera publicó en el exterior y en 1950 su único libro, *Ceniza redimida,* compilación que permite seguir el itinerario, íntimamente contradictorio, de ese poeta en quien la angustia existencial alcanzó nobles cumbres, y que es sin duda el de mayor prestigio local entre los paraguayos contemporáneos. Los demás componentes del grupo permanecen inéditos hasta ahora; Ezequiel González Alsina, autor de finos poemas de amor, que cesa de escribir hacia 1947; Oscar Ferreiro, cuyas concepciones llevan el sello de sus predilecciones primeras, Rimbaud y Lautréamont, a quienes tradujo; o publican muy tardíamente, como Hugo Rodríguez Alcalá, «el único poeta imaginista paraguayo», cuya colección de poemas, *Abril que cruza el mundo,* aparece en 1960, o Josefina Pla, inédita también hasta este mismo año.

El influjo personal de Campos Cervera, a cuyo slogan de «poesía útil» pareció añadir prestigio su prematura muerte; el triunfo de Elvio Romero, coetáneo de anticipada trayectoria, ejercieron sin duda cierta influencia en el desenvolvimiento de la promoción siguiente, la del 50. Esta promoción inicialmente numerosa surgió unificada por una densa cultura humanística (parte de ella procede de la Facultad de Filosofía, fundada en 1946). Los factores mencionados influyeron creando en más de un caso el problema de conciliar entusiasmos teóricos e incitación profunda. Ese conflicto se reflejó en el casi unánime

retraso de su aparición édita. Durante esos años, Rubén Bareiro Saguier mantuvo —y mantiene todavía— *Alcor*, revista que nucleó a los escritores de distintas promociones sin discriminaciones ideológicas y bajo la bandera única de la autenticidad; en sus páginas puede resumirse la dispersa crónica de la literatura paraguaya durante doce años.

Cuando los poetas de la promoción del 50, solucionado su conflicto de términos, inician su organización édita, hacia 1962, ha aparecido ya otra promoción, la de 1960, que desde el comienzo, escarmentada por el desconcierto de los grupos previos y favorecida por la creciente comunicación con el exterior —por la cual han luchado afanosamente poetas de las dos promociones anteriores— perfila vertiente unívoca en su sentido del quehacer poético. Identificada con las decanas al nivel de la conciencia misional, encara en forma coherente y decidida la responsabilidad que compete al poeta frente al actual momento humano. La angustia es, pues, como no podría menos de serlo, la dominante, en diverso grado y matiz, de esta lírica; ella informa la poesía agria, de definidas aristas intelectuales, pero de recóndito meollo sensitivo, de Ramiro Domínguez (1929), los poemas acumulativos, ricos en sugestión y en relámpagos intuicionales, de Rubén Bareiro (1930), la poesía frecuentemente conceptualista, aunque de emotivo clima de José Luis Appleyard (1927), las concepciones herméticas y a menudo arbitrarias de Elsa Wiezell (1927) y otros que, como el brillante pero parsimonioso Carlos Villagra Marsal (1932), Ricardo Mazó (1927) o José María Gómez Sanjurjo (1930), permanecieron varados en la ineditez. Luis María Martínez (1933) se desprende lentamente de iniciales entusiasmos comprometidos. En el exterior, realiza su obra Ester de Izaguirre (1922), voz de noble y acendrada subjetividad, sin duda la más pura voz lírica femenina en el país.

En los versos de la promoción más joven, esa angustia se hace solidaria de las inminencias del instante humano, como en Miguel Angel Fernández (1938), Esteban Cabañas (1937) o Roque Vallejos (1943), o arroja su ancla ansiosa en busca de un fondo a que prender; el sentimiento religioso, en el caso de Francisco Pérez Maricevich (1937), Ovidio Benítez Pereira (1933). Caracteriza también a estos poetas, en general, la tendencia o una mayor desnudez formal con respecto a los poetas mayores. Sigue en líneas generales este mismo canon de desnudez y ahondamiento la poesía de los más jóvenes: Juan Andrés Cardozo (1942), Adolfo Ferreiro (1944), René Dávalos (1945) y Guido Rodríguez Alcalá (1946), entre otros.—J. P.

HERIB CAMPOS CERVERA

Herib Campos Cervera (1908-1953), el decano de los poetas paraguayos contemporáneos, publicó sólo un libro, *Ceniza redimida* (1950), en el cual se compiló toda su producción posterior a 1935. Poeta de fuerte acento existencial, se volcó en la poesía de combate durante los años 1947-50, para volver al cauce de la angustia existencial con *Un puñado de tierra,* poco antes de morir.

UN PUÑADO DE TIERRA

I

Un puñado de tierra
de tu profunda latitud;
de tu nivel de soledad perenne;
de tu frente de greda
cargada de sollozos germinales.

Un puñado de tierra,
con el cariño simple de sus sales
y su desamparada dulzura de raíces.

Un puñado de tierra que lleve entre sus labios
la sonrisa y la sangre de tus muertos.

Un puñado de tierra
para arrimar a su encendido número
todo el frío que viene del tiempo de morir.

Y algún resto de sombra de tu lenta arboleda
para que me custodie los párpados de sueño.

Quise de Ti tu noche de azahares;
quise tu meridiano caliente y forestal;
quise los alimentos minerales que pueblan
los duros litorales de tu cuerpo enterrado,
y quise la madera de tu pecho.

Eso quise de Ti
—Patria de mi alegría y de mi duelo—;
eso quise de Ti.

II

Ahora estoy de nuevo desnudo.
Desnudo y desolado
sobre un acantilado de recuerdos;
perdido entre recodos de tinieblas.
Desnudo y desolado;
lejos del firme símbolo de tu sangre.
Lejos.

No tengo ya el remoto jazmín de tus estrellas,
ni el asedio nocturno de tus selvas.
Nada: ni tus días de guitarra y cuchillos,
ni la desmemoriada claridad de tu cielo.

Solo como una piedra o como un grito
te nombro y, cuando busco
volver a la estatura de tu nombre,
sé que la Piedra es piedra y que el Agua del río
huye de tu abrumada cintura y que los pájaros
usan el alto amparo del árbol humillado
como un derrumbadero de su canto y sus alas.

III

Pero así, caminando, bajo nubes distintas;
sobre los fabricados perfiles de otros pueblos,
de golpe, te recobro.

Por entre soledades invencibles,
o por ciegos caminos de música y trigales,
descubro que te extiendes largamente a mi lado,
con tu martirizada corona y con tu limpio
recuerdo de guaranias y naranjos.

Estás en mí: caminas con mis pasos,
hablas por mi garganta; te yergues en mi cal
y mueres, cuando muero, cada noche.

Estás en mí con todas tus banderas;
con tus honestas manos labradoras
y tu pequeña luna irremediable.

Inevitablemente
—con la puntual constancia de las constelaciones—,
vienen a mí, presentes y telúricas:
tu cabellera torrencial de lluvias;
tu nostalgia marítima y tu inmensa
pesadumbre de llanuras sedientas.

Me habitas y te habito:
sumergido en tus llagas,
yo vigilo tu frente que muriendo, amanece.

Estoy en paz contigo;
ni los cuervos ni el odio
me pueden cercenar de tu cintura:
yo sé que estoy llevando tu Raíz y tu Suma
sobre la cordillera de mis hombros.

Un puñado de tierra:
Eso quise de Ti
y eso tengo de Ti.

UN HOMBRE FRENTE AL MAR

Es como yo: lo siento con mi angustia y mi sangre.
Hermoso de tristeza, va al encuentro del mar,
para que el Sol y el Viento le oreen la agonía.
Paz en la frente quieta; el corazón, en ruinas;
quiere vivir aún para morir más tiempo.

Es como yo: lo veo con mis ojos perdidos;
también busca el amparo de la noche marina;
también lleva la rota parábola de un vuelo
sobre el anciano corazón.
Va, como yo, vestido de soledad nocturna.
Tendidas las dos manos hacia el rumor oceánico,
está pidiendo al tiempo del mar que lo liberte
de ese golpe de olas sin tregua que sacude
su anciano corazón, lleno de sombras.

Es como yo: lo siento como si fuera mía
su estampa, modelada por el furor eterno
de su mar interior.
Hermoso de tristeza,
está tratando —en vano— de no quemar la arena
con el ácido amargo de sus lágrimas.
Es como yo: lo siento como si fuera mío,
su anciano corazón, lleno de sombras...

SUEÑO DE NOCHE Y MAR

Navego en las sentinas de una noche de puertos:
náufrago miserable, no supe dónde anclar;
rodando entre arrecifes, eligiendo agonías;
voy hacia las tinieblas desde los aturdidos
laberintos del mar.

Me sube hasta los labios un yodo inaccesible;
busco un nivel seguro de silencio y de sal;
mas, allí donde duermen los hierros de la noche,
duerme también el mar.

Busco alguna olvidada vertiente; algún refugio
donde una luz me nombre su música total;
pero desde las órbitas vacías de la noche,
cae sobre el redondo sollozo de mis párpados,
el mar; el mar...

(Un día, una pequeña paloma transparente
volará sobre el mismo sendero de cristal
y encontrará dos ojos abiertos y sin noches,
perdidos en el mar...)

JOSEFINA PLA (*)

Josefina Pla. Poetista, ensayista, escritora teatral y cuentista. Publicados: *El precio de los sueños* (1934), *La raíz y la Aurora* (1960), *Rostros en el agua* (1963), *Poesía paraguaya*, antología (1963); *Invención de la muerte* (1965), *Satélites oscuros* (1966).

COMO

Ay, cómo abrirte este dolor de llaves
en soledad de pulso amurallado.
Lo que ya se llevaron, cómo darte,
sueño, renunciación, ausencia, olvido.

Cómo franquear a tu claror las puertas
tras las cuales murió crucificado
cada latido virgen de tu nombre,
desposado no obstante de tu imagen.

Cómo agotar la senda de la ausencia,
el rumbo del viaje jamás hecho,
las jornadas cautivas del suspiro.

Ay, cómo en ascua recobrar ceniza,
y de la piedra absorta hacer el nardo
que se encienda a la orilla de tu sangre...

NADIE LE BESE

...Nadie le bese porque en aquel instante
los labios más sangrantes mienten.
Nadie lo mire porque en ese momento
toda mirada es vil como la que levanta
la sábana de la mujer parida.
Nadie derrame lágrimas porque a la sed que lleva
no le es bastante el mar que truena a sus espaldas
Y no le den la mano porque en esa hora cero

(*) La nota y selección correspondientes a este poeta se deben a Miguel Angel Fernández.

todas las cadenas
se rompen y se sueltan todos los eslabones
y solamente el ciego desde el vientre materno
podría acompañarle sin oprobio ni escarnio hasta el borde
del último abandono
y todo aquel que guarda todavía un día de sol
es un traidor y un enemigo

PASA PADRE

Pasa padre con tus sienes roídas por las lunas más solas
como una antigua piedra
con tus mejillas carcomidas por los besos que extraviaron su camino
tus dedos desmigajados en caricias inútiles
con tus labios enjugando penitentes silencios
silencios para siempre partidos siempre enteros

Pasa con tus ojos vaciados en la colmada ausencia
tus suspiros que aprendían el galope
de callados caballos siempre llegando nunca llegando siempre

Pasa mirada vuelta como el espejo que escondemos
para sacarlo cuando ya los huéspedes se han ido
Pasa a ver cómo crece en el umbral otra gramilla
y cómo el árbol de tus sueños es fruto en otro huerto

Pasa. La casa es nueva flamantes son los libros
y aunque aquí están los cuentos de tus largas veladas
ya tú no estás en ellos
Son otras las almohadas la luz es de otras lámparas
y un vino sin tu sed se derrama en los vasos
Pasa padre Ninguna de estas cosas
podrá decirte nada

Pasa padre sin embargo Ya nada
pueden decirte huerto frutal libros alcoba
Pero podrás sentir tu paso en mi pisada
en mi silencio tu cansancio en mi suspiro tu desesperanza.

Y quizá entre mis labios tu palabra
Tu más antigua triste lastimada palabra
Aquella que quizá no pronunciaste
Aquella que ninguno de nosotros escuchó
... Pasa padre.

AUGUSTO ROA BASTOS

Augusto Roa Bastos (1917). Poeta y novelista de renombre continental. Siguió el cauce de la poesía del grito durante los años de la guerra civil y siguientes, pero declaró, en 1950, clausurada su vocación poética, para entregarse totalmente a la narrativa. Algunos de sus sonetos figuran entre lo más hermético de esta poesía. Fueron recogidos en una colección, *El naranjal ardiente*, 1960.

DEL REGRESO

Remonto hacia el muchacho que me espera
junto a un cañaveral, sobre una loma,
mancha de sol forrada de palma
con su abeja en la sien y en primavera.

Aquí está el corazón, aquí su hoguera
con su ramaje de humo, con su aroma,
que la medida de mi sombra toma
para vestir de amor mi calavera.

Obligo al hueso a prosternarse. Quiero
recuperar mi altura adolescente,
ponerme aquel muchacho naranjero,

sentirme el ala, refrescar mi frente...
Pero el arroyo arrastra indiferente
la imagen de un muchacho hacia el estero.

LOS HOMBRES

Tan tierra son los hombres de mi tierra
que ya parece que estuvieran muertos;
por afuera dormidos y despiertos
por dentro con el sueño de la guerra.

Tan tierra son que son ellos la tierra
andando con los huesos de sus muertos,
y no hay semblantes, años ni desiertos
que no muestren el paso de la guerra.

De florecer antiguas cicatrices
tienen la piel arada y su barbecho
alumbran desde el fondo las raíces.

Tan hombres son los hombres de mi tierra
que en el color sangriento de su pecho
la paz florida brota de su guerra.

EN LA PEQUEÑA MUERTE DE MI PERRO

Toco la puerta, el árbol, tu ladrido,
tu cariñoso salto congelado,
la oscura miel del ojo iluminado,
tu pena alegre, tu inmortal plañido.

Toco el recuerdo, tócome el dolido
madero en que te han crucificado
y te recobro al fin desenclavado
como un lucero negro del olvido.

La casa sola. Tu ladrido dentro
recuerda una canción cristalizada
con mi nombre partido por el centro.

De tu muerte inocente y sosegada
nace ya el ala de la madrugada
en que vendrás saltando hacia mi encuentro.

HUGO RODRIGUEZ ALCALA

Hugo Rodríguez Alcalá (1918). Comenzó su carrera literaria como poeta; se le debe el único libro estimable en el volumen lírico suscitado por la guerra del Chaco. En 1946 se traslada a Norteamérica como docente. Publica libros de crítica y comentario literario, como *Korn, Romero, Unamuno, Ortega, Guiraldes...* (1958) y *El Arte de Juan Rulfo* (1965), pero sólo en 1960 edita un libro de poesía: *Abril que cruza el mundo.*

EL ARBOL

Señor, quiero crecer como un gran árbol
en cuya plenitud madura el fruto
tras un esfuerzo largo de raíces
y de hojas verdecidas de aire puro.

Ser el que soy, Señor, en tu promesa,
ser el ser prometido desde siempre:
no sólo un aspirar de fuertes ramas
que abracen altos vientos de tu frente.

Tu promesa, Señor, no me abandona:
es llama vacilante nunca extinta,
eco que repercute en las visiones
del fugitivo sueño de mi vida.

No habrá de erguirse en árbol a tus luces,
el que es semilla sorda todavía?

ELEGIA

Yo di todos mis pájaros al viento,
di mis peces al río;
al eco mi palabra; mi lamento
al vacío.

No tengo ya en las manos la paloma
de las dulces querellas;
y aun de mi huerto, el pobre aroma
subió al jardín de las estrellas.

Sólo quedó mi corazón dormido
al pie del mármol seco de la fuente;
alondra inmóvil que enfermó de olvido
espera el alba inútilmente.

Hoy, yo pido mis pájaros al viento
y mis peces al río;
al eco mi palabra; mi lamento
al vacío.

Y busco en mi jardín el viejo aroma
con que sahumara mis querellas,
y al crepúsculo pido la paloma
antes que parpadeen las estrellas.

Y todo en vano. Corazón dormido,
alondra enferma, ha de morir ausente.
Ni has de volver, paloma blanca, al nido,
antes que brote el agua de la fuente.

EL DESTERRADO

Cuando iba él por la ciudad de sus destierros
le perseguía un hombre con un hacha
al hombro

Le obsedían espumosos caballos
que navegaban en torrentes;
o enflaquecidos niños
o, su padre, escribiendo.

No estaba nunca solo
pero la soledad más lóbrega y poblada
le perseguía sin dejarlo nunca.

Amigos, sí, tenía: lejos.
Les escribía largas cartas
sin respuesta.

El gesticulaba
por la ciudad extraña
para espantar las sombras del asedio.

Cuando murió, vinieron sus amigos
o le escribieron cartas.
El hombre con el hacha le hizo una cruz enorme
de quebracho.

Y una estampida
de caballos cruzó un desierto oscuro.

Niños enflaquecidos miraron hacia arriba.
Y el padre del poeta lo vio venir, de abajo.

JOSE ANTONIO BILBAO

José Antonio Bilbao. Nacido en 1919. Abogado. Periodista. Aunque contemporáneo de los poetas del grupo de 1940, su obra no se vincula a éste. Libros: *El claro arrobo* (1946), *Verde umbral* (1953), *La estrella y la espiga* (1959) y *Cuaderno de Bitácora* (1961).

CRECIENTE

Sube el río lentamente;
avanza. Es una fuerza dormida;
una avenida de implacable muerte.

Su silencio llena la soledad
cubierta hoy de plata y verde.

Decapitadas lenguas,
voces tronchadas, como ramas,
gritos de amor, de celos, de ternura,
noche ni día tienen.
Sólo tienen agua,
agua verde.

Agua que avanza sin cesar,
con sol y luna en las espaldas.
Luna de sol y muerte
para la fronda sepultada,
para el animal vencido,
para el alma del hombre arrinconado.

Camina el agua por la tierra
lentamente.

Los brazos de un árbol
movido por la brisa
llaman en el silencio.

Tiene el tronco cubierto.
Dentro de poco
ya no será, de pájaros,
un puente.

Agua, nada más que agua,
en la mañana ardiente.

LLUVIA

Una lluvia de oro
moja la mano que no tiene apoyo.

Llueve la luz,
penetra y calma
una ansiedad de fronda seca.

Y Dios, presente,
su nombre fija
en la quietud del gozo
que el agua no entorpece.

Llueve la luz
y Dios no olvida
a la raíz que grita, a ciegas,
en soledad de fiebre.

Penetra y calma
una ansiedad de fronda seca,
el agua.

Mientras,
una hacha refulgente
abre honda,
firme socavadura
sobre la copa
de una arboleda verde.

MINUTO

¡Qué estela azul,
qué espuma en la ribera!

Corre el agua,
choca el agua,
hace una pausa el agua,
se desvanece sobre un cojín de hierba.

Y el barco va tras ella.

Y ella inmutable en su quehacer
de germinales siembras.

Cuna de la espiga alta,
cedazo para cernir estrellas.

Cambia,
va y viene,
¡Oh!, fugitiva de su propia sombra.

Y en el minuto
de su tránsito a la espuma,
a una muerte de juncal dormido,
un resplandor de sol
la eleva y la corona.

ESTER DE IZAGUIRRE

Ester de Izaguirre. Nacida en 1925. Licenciada en Filosofía y Letras. Profesora. Poeta. Ensayista. Obras: *Trémolo* (1960) y *El país que llaman vida* (1964).

ESPONSALES

Estoy plena de ti —tú me rebasas—,
de ti que no eres nada siendo inmenso;
nuestro instante de dicha fue una planta
de florescencia inútil y a destiempo.

Desde entonces me llego cada noche
hasta el vacío que dejó tu hechizo:
sólo estás en el brillo de un azogue
cuya frialdad no sabe de latidos.

Si vives en mi sangre desde siempre,
si soy oficiadora del recuerdo
más enraizado cuanto más baldío,
despósame, por fin, desde tu muerte,
en este pecho que se ha vuelto templo
desde aquel beso que nació tardío.

LIMITE

Estoy enferma de ciudad.
De ti, ciudad, a quien he amado tanto,
porque me haces extranjera del cielo
y escribes mi biografía en tus carteles
que la noche y la lluvia hacen jirones.
Yo vivo en la orfandad de los que buscan
un pedazo de tierra sin trazado de calles
con viviendas de troncos y malezas.
Mírame, Buenos Aires,
me parezco a una lágrima,
a una gota de savia que se quedó en suspenso
sobre las azoteas y las catedrales
buscando en las alturas un atajo
abierto a la esperanza,
y soy una canción de cinco notas
obsesiva y distante
que surge desde todos los lugares,
y soy un gran saludo
que al paso del destino se agiganta,
o acaso apenas soy un pájaro pequeño
en la cornisa más alta,
que aguarda tiritando de soledad, de frío,
la inequívoca señal de algún milagro.

RECUERDOS

Van quedando los recuerdos
con perfil de salario arrebatado.
Yo te acercaba cada día
como una hostia hasta los labios
secos,
en un ritual de imágenes precisas
danzando alrededor de mis deseos.
Pero después una palabra
o un cansado gesto,
como un ladrón me arrebataba el tiempo.
Hoy ya no tengo nada.
Tu recuerdo es como una casa
definitivamente abandonada,
y tu silencio en ella es un fantasma
que no podré encontrar sin haber muerto.

ELVIO ROMERO

Elvio Romero (1926). El más joven en el grupo del 40, actualizador de la lírica paraguaya. Su poesía sigue en su mayor parte la línea de combate. Exiliado, ha publicado todos sus diez libros en el exterior. Los principales son: *Días roturados* (1949), *Resoles áridos* (1950), *El sol bajo las raíces* (1953), *De cara al corazón* (1958) y *Las migraciones, Antología* (1964).

TAMBIEN VIENES DE ABAJO

También vienes de abajo, vienes
con fibras en la cabellera,
con barros hondos en el pecho,
con el vientre lleno de tierra,
con toda la ternura en un ramaje
de misterio y de fuerza y de tristeza.

También vienes de abajo, vienes
con relámpagos que no tiemblan,
con mano fiel. Cargan tus hombros
días de profundas esencias;
la hondura guarda su vasija
de una encendida transparencia;
allí me crece a mí la barba dura,
a ti el pecho de avena y fortaleza.

Todo insurge en nosotros, todas
las antepasadas maderas,
el humo y la ceniza, flores
de otro tiempo nos alimentan,
los dos brazos sobrevivientes
de antiguas y dolidas piedras,
con el color del tiempo en nuestra cara,
con un sudario de nostalgia y tierra.

Los hijos te nacieron verdes
porque brotaron en las huellas
verdes de la hondura; son verdes
frutos hallados en la arena,
alimentados de tu alegría,
alimentados de tu tristeza,
verdes hijos que en vísperas de hombrías
las ascuas vivas de tus ojos llevan.

Allí te sellarán los labios,
abajo, donde todo quema,
hija del amor, criatura
ya demudada en su belleza;
allí te espigarán perfumes
y raíces en la cabeza,
mujer segura, iluminada y honda,
enamorada, dulce, fuerte y nueva.

AGUAFUERTE

Sujeto a palos en cruz,
un hombre, quieto,
sobre dos palos en cruz,
con dos sogas entre los huesos.

Y abajo el viento.

Acaso atada mi tierra
como un tamborón de cuero
sobre dos palos en cruz.

Y enfrente el viento.

¡Toda la patria en el suelo
sobre dos palos en cruz!

¡Y encima el viento!

RESPONSO MINIMO

... al fin del camino,
y a punto de vadear el río.

Apenas fue ese giro final
de su frente cegada, la infalible certeza
de empezar a llegar, de arrojarse a la lluvia
Virgen de sus comarcas,
de ofrecer por entero su clamor contenido,
cuando un presentimiento
de inapelable hervor le conmovió la sangre...

Regresaba en silencio;
respiró un aire seco, divisó el deslumbrante
crepúsculo del río con sus troneras rojas
y rompientes,
soñó evitar ser pasto de toda muerte extraña y forastera,
pronunció cada nombre de los suyos,
deshizo con los dedos los reflejos del agua
que ofuscaban sus gestos, tomó olor a la selva
y a su vapor espeso bañando el horizonte,

desveló la nostalgia de sus primeros días,
clamó con labios rotos por la noche apacible
de sus bosques, creyó llegar a tiempo
de ver la luna grande sobre las cordilleras
cuando un viento alevoso
le dobló bajo el yugo del último recuerdo...

Con una mano casi sobre la orilla opuesta,
sintió que le cubría tierra extranjera y hosca.

JOSE LUIS APPLEYARD

José Luis Appleyard (1927). Abogado, poeta, ensayista y novelista. Obras poéticas: *Entonces era siempre* (1963) y *El sauce permanece* (1965).

INFANCIA

Está la casa en sombra adormidera
abierta y singular, sin un latido,
como si todo el mundo roto de su sangre
en savia blanca el ocio convirtiera.
No hay voces, si las hubo, han definido
un vegetal asomo de tristeza
con su mudez pretérita y presente
muerta de luz al ansia del oído.
En el zaguán oscuro que bosteza
el mármol de sus gradas hay un cuento
inconcluso de infancias transparentes
arrinconando un mundo de belleza.
Su patio siempre patio y firmamento
de unos ojos ausentes tiene huellas:
hay un árbol dormido y las baldosas
azulmente disfrazan su cemento.
El corredor —pilares sin querellas
sosteniendo una sombra de tejuelas—
ha perdido los pasos de algún niño
y los busca, nocturna, en las estrellas.

LA CASA

Una casa es un hombro derrotado
es una mano abierta sin simiente,
una argamasa inútil, un doliente
conjunto de ladrillos apagado,

un pensamiento absorto en el pasado
que agrieta con sus voces el presente,
es un oscuro trozo de poniente,
es un juguete antiguo y olvidado,

una casa es un llanto, un dolorido
balcón sin mariposas anhelantes,
una casa es mudez y es alarido,

es un amor que ha muerto sin amantes.
Una casa, Señor, es una infancia
huyente y malherida de distancia.

ESTE DICIEMBRE

Este diciembre
—el tiempo de las uvas—
con perenne amistad hacia mí vuelve
y abre la entraña absorta del recuerdo
y me llena de paz,
este diciembre.

Puedo ver en sus ojos
la alegría de viejas vacaciones
y aún sentir en mis manos
la horadante caricia de algún trompo
que en la casta dureza del guayabo
se volvió como un símbolo
de todos los diciembres de la infancia.

Puedo aspirar el ciclo de sus días
luminosos y henchidos de cigarras
y encender el recuerdo ante el perfume
de la oración frutal del cocotero.

Porque ha sido un pedazo de diciembre
el que me trajo el hilo
con que tejí la trama de un cariño
que guardo para siempre.

El verano augural de los pesebres,
del inefable logro de los sueños,
de la Gracia y el polvo confundidos
en la Noche, que es Noche de diciembre,
todo está en este mes,
toda la vida:
el pasado de infancias, el presente
y el futuro agorero y ya viniente.

Este diciembre
—el tiempo de las uvas—
con perenne amistad hacia mí vuelve
y abre la entraña absorta del recuerdo
y me llena de paz,
este diciembre.

RAMIRO DOMINGUEZ

Ramiro Domínguez (1929). Abogado. Ensayista, además de poeta. Publica: *Zumos,* en 1962; *Salmos a deshora,* en 1963; *Ditirambos para coro y flauta,* en 1964. Es miembro del AICA (Asociación Internacional de Críticos de Arte).

Almodón de raíces fenecidas
—hambre vieja—

Tras los postigos del retorno
despabilan sus hornallas ardientes
tus lentas cocineras.
Hay un trajín
con los caprichos de la huéspeda.

Primero la noche
con sus sábanas nuevas.
La piel desnuda y ancha sobre el océano de
la sangre
—tambor batiendo a fiesta—

Vuelco de los ojos a nivel de las manos
y la lengua.
Aprender el tiempo del adobe
para sorber limos profundos y orearlos
al resol de la siesta.

RUBEN BAREIRO SAGUIER

Rubén Bareiro Saguier (1930). Poeta, crítico, ensayista. Desde 1954 dirige *Alcor,* revista a la cual puede considerarse representativa de la literatura paraguaya en los últimos diez años. Bareiro ha dado a estampa, en 1964, *Biografía de ausente.*

DESPERTAR

Porque alguién tejió la madrugada
De sereno flamante
Y de limón dormido

Porque alguien fue bordando alternos peces
Sobre el lomo del río
Y desenredando el ovillo de hojas neblinosas

Porque alguien despertó las fibras del rocío
El vaivén del zodíaco
Y aplastó las estrellas como bichos de luz

Porque alguien fue deshojando de silencios la torre
Y poblando de cristal la campana
El ramaje

Porque alguien fue arbolando de ojos la memoria
Levantando las sábanas de lino

Porque alguien tejió la madrugada
Con hilos de pasto húmedo
Porque alguien sonó el cuerno del día

ANIVERSARIO

La rosa de los vientos
Que esparció su latido
Y el rocío despierto
El mundo de la plaza
Que le creció a la iglesia
El agua en el verano
El cielo por el cielo
Y la mano del malo
La roca y el asilo
Los árboles ardiendo
La paz entre los muros
El pasto de papel

Mi Dios
¿Por qué la polvareda
Cubriendo la llanura de los días?
El río floreciendo siempre
Su espuma inatajable
La mariposa efímera sobre la flor del día
Las campanas sonando sordamente
Los pasos de madera hueca
El llanto de ceniza
El gusano de tierra
En la pequeña ciudad sobre la loma
De arteria silenciosa

Están los telegramas sin embargo
Los juguetes de niebla
El abejeo tierno
La arcangélica mano
El sol de chocolate espeso
El hermano de corazón gemelo
Y el llanto al borde de la taza volcada
Junto a la eternidad de la mañana

Ni la abeja dulcísima
Ni la hormiga madura
Ni el parral por enero
Ni el pozo de frescura y helecho
Ni el canto marrón de la cigarra
Sino la rosa diáspora

CIUDAD

Los rostros colgados de guirnaldas
Las girándulas ebrias
Una canción desnuda su impudicia
Y se agrisa su llanto
Por túneles de humo

De muelle en muelle voy
Y vengo
De puente en puente crece mi agonía
De un cuadrado de piedra
A otra plaza sin árboles
Por caminos que no frecuenta el viento
Ni la carta esperada
Ni la pupila amiga

Las hormigas sin ojos caminan locamente
Hasta que de pronto tropiezan con la risa
Y se deshacen

Una estatua desnuda
Cien estatuas coronadas de estiércol de paloma
Se pueblan de verdín y de latidos

La torre nacida de la niebla
Los arcos y los árboles
Y la entreabierta luna
Me brotan en la mano
Como la fruta del cercado vecino

Cuando tus ojos hienden la neblina
Yo interrogo a los míos
Me has crecido de repente y tan tarde
Las calles
El aire y los pájaros desorbitados
Me pertenecen
Por derecho de sonrisa

Pero quizá de lejos
Tierra apenas mojada en su primer aroma
En el último aroma trasvasado

Y la nieve prolonga la soledad del sol
La oscuridad del agua en mis orillas

LUIS MARIA MARTINEZ

Luis María Martínez (1933). Obras: *Día primero* (1956), *Poesía* (1960), *Armadura fluvial* (1961) y *Ráfagas de la tierra* (1962).

PRIMAVERA

Setiembre así encendida,
leve, quieta, precisa.

La juventud regresa de repente
decidida y resuelta,
como el verdor que vuelve
con el tiempo.

La savia asciende, truena: es primavera.
Clava su verde espuela en la corteza
corporal y mayúscula del hombre,
y brotan por la piel como las flores
todas las escondidas esperanzas.

—«Puedes reír, cantar, hacerte viento»
—la primavera dice.

Y le respondo
con mi voz de poeta-primavera:
—«Primavera te quiero, desde luego,
pero en misión más alta quiero verte,
así, por siempre, hoy, mañana y para siempre!
Primavera de pan, de alegría y simientes!»

TIEMPO DIFICIL PARA LA POESIA

Difícil tiempo para la poesía.
Tiempo de vagorosas sombras
y zozobras.

Sufre la poesía por siniestros distritos,
gotea como herida púrpura de vino,
pugna por dar su fiebre
pero muere, recopilando sal de soledades.

Qué sol difícil!
Qué imprenta de silencio confecciona
la angustia vuelta aroma
de aterido jazmín y golondrinas!

Cuánto para nacer
en traje de canción
y en la flexible
ala de la embriaguez diseminada!

Difícil tiempo para la poesía.

FUEGO

Fuego tengo en el alma,
fuego que me consume
la mirada.

No sé por dónde comenzar
para que el fuego mío
sea como una mano constructora
levantando ladrillos y ladrillos
para la gran casa del poema...
o
que sea menos fuego como el viento,
que es fuerza
diluída que rueda
sobre las vértebras de la arena.

Como la espada el fuego esgrima.

FRANCISCO PEREZ MARICEVICH

Francisco Pérez Maricevich (1937). Poeta, cuentista y crítico. Obras: *Axil* (1960) y *Paso de hombre* (1963). En prensa: *Diccionario de la literatura paraguaya*. Dirige las ediciones de literatura *Asedio*. Ganador del concurso paraguayo de cuentos de *Cuadernos*, de París, 1965.

POEMA 2

Las arenillas del tiempo
cayendo,
deslizándose...

Los días
—fríos peces
voraces—
y el dolor como un río inacabable.

Y este hombre
—silencio, podredumbre,
con sus ojos,
sus piernas,
sus pobres trajes,
sus zapatos sucios...—,
buscando
—no sabe qué— entre la sombra fría.

(Como un gato a la noche
lleno de filos va
pasando Dios entre los huesos...)

POEMA 8

Calle y casas
y yo, en medio.

El mediodía suelta
sus animales ágiles.
La vida es una gota
de sudor; el cansancio
nos hunde
en su arenal grisáceo.

Todo
está hundido en sí mismo
irreductible, bronco.
El resplandor aturde
y nos penetra
con su fino cuchillo
de filo innumerable.

La soledad de todo
se hace agresiva
y duele,
duele...

Calle y casas
y yo, en medio.

POEMA 11

Nos sorben!

Alguien, en lo oscuro,
a medianoche
nos sorbe.

Sentimos que algo
de nosotros, huye
como el agua en la bomba que la aspira.
Algo, no sabemos,
algo, que se resiste,
lucha, remolinea
y sube.

ESTEBAN CABAÑAS

Esteban Cabañas (1937). Poeta y también cuentista. Ha publicado *Los monstruos vanos* (1964) y obtenido mención en el concurso de *Cuadernos,* para la antología del Cuento Latinoamericano (1965).

ENIGMAS

Enigmas de toro enarbolado
sobre el ataúd perdido de mi cuerpo
anclado en su palabra de fuego devastado
por sinnúmeras lenguas enigmáticas
mi boca ha recobrado su sabor sin memoria
su fruición que se viste de otras bocas
de otras lenguas de fuego milenario
salivas que consumen su frescura de aceite
en medio de las llamas

Enceguecido busco
caido sobre cuerpos sin nombres repetidos
el combustible ardido el corazón quemante
navegación de cuerpo en perpetuo naufragio
consumidos.

UNO LLEVA

Uno lleva sus pétalos sangrando
sobre los estambres púdicos que emergen
de grandes cópulas bermejas

El aire preconiza una vuelta hacia el orden
odiando la armonía
naciendo como un sol fiero y demente
o un ser caníbal
todo lleno de larvas despeñado
sin tregua a su banquete

Los pequeños resabios ensucian los diagramas
que huelen como el tiempo
asumen los preámbulos sagrados
los intersticios cavados del deseo

Estos son su madero brújulas inquietas
alargadas a nortes monstruosos ojos mórbidos
de animales que crecen sin moverse
flores antiguas enormes navegando
en ese lugar que llega como un golpe
a completar el goce sin hallarnos.

DESHABITADO

Deshabitado el viento, yo busqué la paloma
deshabitado el pez, hallé los ríos.
Deshabitado el hombre, su soledad tenía
la vestidura de sus huesos.

Deshabitado el tiempo, su angustia se ladea
como viejo caballo sin querencia.
Deshabitado el lento deshacer de sus horas
en su cristal de fuego innumerable
la soledad de Dios muestra su espalda vacía.

MIGUEL ANGEL FERNANDEZ

Miguel Angel Fernández (1938). Poeta y crítico literario y de arte. Ha publicado *Días oscuros* (1960), traducido al francés, *Jours obscurs* (1964), y *A destiempo* (1966). Dirige las ediciones *Diálogo* y la revista del mismo nombre. Miembro de la filial paraguaya de la Asociación Internacional de Críticos de Arte.

LAS SOMBRAS

Por patios amarillos,
por entresueños lúcidos,
el niño
(el hombre)
pasa, a veces
se detiene,
toca sombras ciertas,
cuerpos intactos,

silba una melodía
secreta,
inventa pájaros
y trenes lejanos,
dibuja sueños
en la arena...
Con vago andar
de brisa
en tiempo de cigarras,
con ademán de olvido,
el niño
(el hombre,
el ciego)
cruza
siestas de fuego,
noches ateridas,
vuelve a nada.

HOMBRE

Hombre para morir
en cuerpos repetidos
y en albas extenuadas;
hombre para despeñarse
en cada instante
hacia otro tiempo oscuro;
hombre
para apurar la noche
con gemidos sordos;
hombre para extraviarse
en vastos ademanes
y en miradas ciegas;
hombre para caer
asido a los despojos
de un dominio infinito;
mas nunca hombre
para guardar el fuego
de los sueños...

EL MARINERO BORRACHO

Las viejas putas de mi corazón
ya no se callan.
Antaño la sangre adolescente resistía
sus palabras procaces, sus insinuaciones viles.
Hoy todavía quiero alzar un muro de algas
y tormentas de agua contra la vida ciega
y la nostalgia ardiente.
Desde el fondo de mí suben las voces agoreras,
los aullidos, las invitaciones.

(La antigua feria de las oportunidades
ha cerrado sus puertas definitivamente)

Callad, brujas, dejadme. Llevaos mi corazón
en una botella roja, mojado en aguardiente.
Soy el viejo marino que sepultó su amor
en una isla del Mar Extraviado.

ROQUE VALLEJOS

Roque Vallejos (1943). Autor de *Pulso de sombra* (1962), *Los arcángeles ebrios* (1963) (segunda edición por *Aquí poesía*. Montevideo, en 1964).

POEMA 4

Yo soy simplemente el mismo.
El abanderado de la nada
y su laberinto de sombras.
El que os dice que Dios
está canoso, y que el tiempo
se madura en latidos.
El de siempre.
El que busca filosofía donde
no existe, y la encuentra.
El que sabe que su cuerpo es más
suyo que su alma, y no lo cree.

El que amontona, poco a poco,
su ceniza, para acostar su muerte.
El que no puede con esa cruz de Cristo
porque la suya es más pesada.

POEMA 7

Hay veces en que nadie
recuerda
que existimos;
que la vida se encoge
y nos aprieta,
y que es difícil despertar
cada mañana
la sangre en nuestras venas.
Días de conversar
Al esqueleto, doblados hacia adentro,
y de llorar a oscuras
sobre estos mismos huesos,
de usar la propia piel
como mortaja, y decirle
a la vida que no estamos,
y que vuelva otro día.

POEMA 12

I

Todos volábamos a Dios
aquella noche,
como a un muerto gigante,
ahogado en nosotros.
La tierra se ahuecaba
para sorber la vida
mientras un cielo ausente
nos volvía la espalda.

II

Toda una inmensa noche
nos trepaba los huesos,
llovíamos callados
sobre nosotros mismos,
la nada nos lamía
tibiamente las sienes,
era baldío el tiempo
que nos soplaba adentro.

III

Como a madera vieja
nos digerían insectos,
el hombre era una jaula
abierta
para adentro,
nos poblaban arcángeles
extrañamente
ebrios,
muertos insomnes éramos
de pie bajo la tierra.

IV

Fermentaba ya el Verbo
en las entrañas, y en oleadas
nos llegaba su vacío,
átomo ausente
cayéndonos de abajo,
sombra desperezada
en vez de sangre.

V

Piel subterránea.
Latido volteado.
Eternidad de nuevo
bautizada.
Cielo crucificado
en vez del hombre.
Infierno inaugurado
en vez de nada.

OVIDIO BENITEZ PEREIRA (1933)

Obra: *La otra mitad del sueño* (1966).

POEMA 33

Llegar
hasta el vacío en el área
viscosa
de la soledad.
Mirar
hacia arriba y encontrar
solapado el vacío
en la mañana
que durará mucho menos
que el estambre
de una noche.
Bajar cerca de los pies
y hacia las anchas
puertas que nos ciñen
a derechas y a izquierdas
y todos los contornos
llenos de vacío.
Escuchar esos ecos interiores
que parecen cercarnos
y querer
descansar en la ausencia
del propio vacío.
No saber precisarlo.
No creer
en su existencia en uno mismo.
Hablar a ese vacío
y como el eco
vacío
devolver la voz.

JUAN ANDRES CARDOZO (1942)

Obra: *De pie frente al dolor* (1966).

EL OTRO

Un animal vive conmigo
desde hace tiempo.

Me acompaña siempre
como mis prendas de vestir.

Un día canséme de él,
y quise asesinarlo.
Lo apuñalé
una
y otras veces
mas no murió.

Siguió andando a mi lado.
No pude desasirme de él.

Cuando mis esfuerzos
por agostar su vida
resultaron estériles,
traté de educarlo.

Todos los días
nos sentábamos juntos:
le envenenaba con libros;
caminábamos por las calles
habitadas de lobos.
Pensábamos.

A veces,
una nube de tristeza
nos envolvía.

Cuando sentía hambre
devoraba mi carne.

Cuando se enamoraba
mordía mi corazón
con cristales rotos.

Así, de vereda en vereda,
asidos eternamente,
nos vamos desangrando.

RENE DAVALOS (1945)

Obra: *Buscar la realidad* (1966).

JOVEN POETA

Estabas listo para morir:
el cielo como fruta madura negaba su dulzura
a tu ansiedad de pájaro desierto.
Parecías igual pero tenías
el corazón en llamas
alumbrando el sacrificio de tus misas trágicas
y tus ángeles gemían caídos de su imagen.

Muchas veces te vi pensando
en yo no sé qué extraños ruiseñores
que sólo en paraísos estremecen
los vientos con sus cánticos.
No te hablaba nunca entonces
porque sentía un eco sordo de terribles tambores
y una pregunta incierta surgía de la tierra.
Premonitoriamente a veces parecía
que te hubieras muerto ya,
que tu destino repentinamente
te hiciese olvidar todas las cosas huecas
y a una vida sin tiempo ni pecado te llevara.
En ti la muerte era el crepúsculo
que irremediablemente llega al fin del día,
pero yo no estaba triste por eso,
era hermoso pensar en tu dulce madurez de hombre
hecha verdad en tu infinito silencio,

pensar en tu radiante juventud que asida a sus destellos
subiera por sus ramas desbordando las flores
hasta que fuese imposible seguir imaginando sus destinos.
Ibas a morir sólo por ti y sin embargo
quererte sin que lo supieras
era sufrir tu plenitud en carne viva
puro dolor que entonces me salvaba.

Yo sabía que ibas a morir,
que verías el camino donde tu voz iba a hallar
inacabables resonancias
y tu alma iba a verse al fin
con sus blancos vestidos sin ausencias.

Ya las cosas serían de verdad entonces
y las palabras como frutas rotundas iban a ser
duras, compactas realidades en tus tallos.
Ah! yo temblaba pensando en los besos
que darías a rostros sin huida.
Si hoy supieras: qué triste es,
qué difícil al escuchar tu risa
no comprender tu muerte.

GUIDO RODRIGUEZ ALCALA (1946)

Obra: *Apacible fuego* (1966).

ENTIERRO MARINO

Han bajado un cadáver por la borda.

Un jadear del agua...
y el buque detenido continúa su marcha.

Marineros curiosos y muchachos
comentaron el caso
del hombre muerto a bordo.

Era ya sólo un muerto
—trozo de carne rígida
que tembló entre las fauces de la espuma.

Era un muerto muy solo;
el capitán del barco
no quiso mencionarlo en el diario.

No quiso que, nombrado,
llegase a los salones de primera
con su presencia ausente.

... Y cayó en el camino por la noche...

El mar
(que tenía tormenta)
no pudo recordarlo.

Josefina Pla
Estados Unidos 1.120
ASUNCIÓN (Paraguay)